

La dimensión simbólica de la dominación según Pierre Bourdieu¹

Gonzalo Seid

En las distintas actividades de las que participamos en la vida cotidiana, nos clasificamos y somos clasificados. Por ejemplo, las calificaciones escolares son formas de clasificar a los alumnos según sus desempeños. Se considera que expresan cuán inteligente es un alumno o cuánto se ha esforzado. Otras clasificaciones no están formalizadas ni explicitadas, pero se imponen con una fuerza similar, por ejemplo los significados que solemos asignar a los rasgos físicos de las personas, tales como las valoraciones sobre el atractivo o la fuerza. Las maneras de hablar también son valoradas y clasificadas según las palabras que se usan o las entonaciones. Lo mismo ocurre con nuestros gustos, como nuestras formas de vestir: algunos son considerados “buen gusto” y otros gustos vulgares. Todas estas clasificaciones o juicios ordinarios de nuestras actividades mundanas nos asignan un lugar determinado en una escala y en buena medida indican quienes somos socialmente.

Tal vez puedan parecer banales o superficiales muchas de estas clasificaciones. Sin embargo, tienen consecuencias en el valor social atribuido a las personas, y por lo tanto, en sus oportunidades de vida. En cada clasificación, la mayoría de las personas se encuentra en alguno de los puntos intermedios entre el polo dominante y el polo dominado de un orden simbólico. Aquellos favorecidos por la clasificación tendrán ciertos privilegios y podrán disfrutar de beneficios de distinto tipo, sean el respeto, el honor, el reconocimiento, oportunidades para desarrollarse en una actividad, etc. Los desfavorecidos podrían ser excluidos de determinado ámbito, ser discriminados, o padecer distintos grados de sentimientos dolorosos, hasta el extremo de la humillación. Si alguien es calificado por las instituciones educativas como de nivel insuficiente, no podrá promover al siguiente nivel de estudios. Si el modo de hablar o vestir de alguien es considerado inapropiado, eso sólo

¹ Este artículo fue elaborado con una finalidad didáctica para los estudiantes de Sociología del Ciclo Básico de la cátedra de Marisa Iacobellis. Agradezco a Marisa y al equipo docente de la cátedra por sus observaciones y comentarios.

podría significarle ser rechazado tras una entrevista laboral. Si la apariencia física de alguien es percibida como alejada de los modelos de belleza dominantes, eso probablemente le significará una mayor dificultad para concretar un encuentro amoroso.

Ahora bien, ¿cómo se construyen estas clasificaciones? ¿Por qué resultan aceptadas incluso para los que salen desfavorecidos? ¿Cómo se vinculan estos órdenes simbólicos con la dominación en el orden social? Estas inquietudes conducirán a una paradoja planteada por Pierre Bourdieu: ¿cómo es posible que el orden establecido, incluso con sus injusticias más flagrantes, resulte fácilmente aceptable para los dominados?

En el presente artículo expondremos, en primer lugar, la perspectiva sociológica de Bourdieu: situaremos sus preocupaciones en relación con las tensiones conceptuales del pensamiento sociológico, desarrollaremos algunos conceptos clave de su teoría como campos, *habitus* y prácticas, y dilucidaremos sus aportes para pensar la cuestión de la dominación a partir del poder y la violencia simbólica. Entonces estaremos equipados conceptualmente para aproximarnos a algunas respuestas a las inquietudes iniciales sobre las valoraciones y clasificaciones de la vida cotidiana. Finalmente, sintetizaremos lo que nos ha ofrecido esta perspectiva teórica y los nuevos interrogantes que se abren.

La sociología de Pierre Bourdieu

Hacia la articulación de los dualismos de la teoría social

En las teorías sociológicas se pueden encontrar una serie de antinomias entre pares conceptuales superpuestos entre sí, como sociedad-individuo, estructura-acción, objetivo-subjetivo o material-simbólico. Esquemáticamente, podemos caracterizar a las posturas contrapuestas del siguiente modo. El objetivismo es la perspectiva que otorga preeminencia a la sociedad en la explicación de las conductas individuales. Recordemos a Durkheim cuando sostenía que el sociólogo debe tratar a los hechos sociales como cosas, es decir, como algo externo a los individuos, cristalizado en instituciones, objetivado en las costumbres y el derecho. El subjetivismo, por el contrario, es la perspectiva que sostiene que lo social se constituye a partir de las acciones de los sujetos. Entre los clásicos, la

postura de Weber es la más representativa de esta mirada, cuyo punto de partida analítico es la acción social, que los agentes realizan según significados subjetivos, guiados por su conciencia y sus intenciones, de acuerdo a lo que esperan de los otros.

En superposición con esta división, podemos pensar en la oposición entre la dimensión material y la dimensión simbólica de lo social. Por ejemplo, Marx concibe a las relaciones sociales como relaciones de producción, relaciones de fuerza entre las clases que se entablan en la producción de la vida material. Weber, en cambio, concibe a las relaciones sociales como un conjunto de acciones mutuamente referidas que se orientan por los significados que los actores les asignan, relaciones de sentido que suponen un mundo simbólico compartido.

Si bien estas formas opuestas de pensar lo social han dado lugar a distintas tradiciones en teoría sociológica, más que atribuírselas a uno u otro autor, lo interesante es entenderlas como tensiones constitutivas de lo social. Se puede poner el foco en unas u otras facetas, pero ambas existen indisolublemente, como dos caras de una misma moneda. En este sentido, Pierre Bourdieu ha planteado que es necesaria la conjunción de ambas dimensiones, puesto que lo social existe siempre de doble manera: en las cosas y en los cuerpos, en las estructuras y en los agentes, en la realidad objetiva y en la realidad subjetiva. Los conceptos de campo, *habitus* y prácticas, propuestos por este autor, intentan aprehender dicha conjunción.

Los campos del espacio social

Las sociedades modernas están organizadas en distintas esferas de actividad: la política, la economía, la cultura, la religión, el arte, la ciencia, el deporte, etc. Algunos de estos ámbitos de actividad que en la actualidad están diferenciados, no lo estuvieron en las sociedades tradicionales del pasado². En las sociedades modernas ha habido un proceso de creciente autonomización de estas distintas esferas de actividad, las cuales han sido conceptualizadas como *campos* por Pierre Bourdieu.

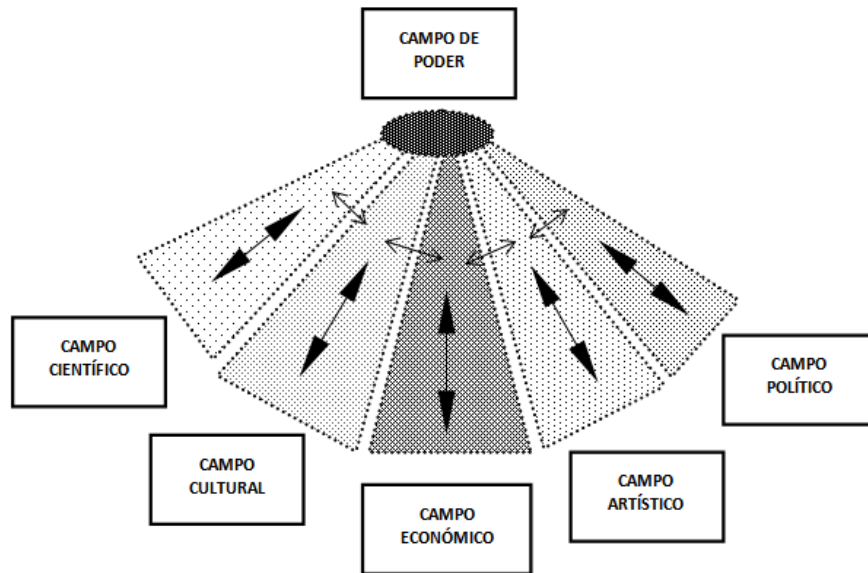
² Por ejemplo, el poder político, el económico y el religioso resultaban indistinguibles en muchas civilizaciones antiguas, a menudo concentrados en torno a la figura de un monarca.

Cada campo se caracteriza por tener algo que está en juego, por lo que vale la pena luchar y que los actores sociales que toman parte se esfuerzan por obtener: el *capital* específico del campo. Existen distintas variedades de capital, que análogamente al capital económico, son bienes acumulados que se producen, se distribuyen, se consumen y se invierten. Por ejemplo, en el campo económico es el dinero el capital específico que está en juego; en el campo artístico, el reconocimiento de las obras; en el campo político, el poder político; etc. Bourdieu señala que una de las variedades más importantes de capital de las sociedades contemporáneas es el *capital cultural*, puesto que el campo de la cultura es uno de los que mayor peso tiene en el espacio social global, junto al campo económico. El capital cultural está compuesto por conocimientos adquiridos -sobre todo referidos a ciencias y artes-, bienes culturales que se poseen -como libros y objetos artísticos- y títulos educativos.

Cada campo tiene *reglas de juego*, las cuales definen los modos legítimos y las estrategias válidas para luchar en pos de la obtención del capital específico. Los campos están estructurados como un *sistema de posiciones* ordenadas jerárquicamente, desde las dominantes hasta las dominadas, pasando por todas las situaciones intermedias. Cada posición es relativa porque está definida de acuerdo a cómo se ubica respecto a todas las demás, especialmente según su distancia a las posiciones dominantes. Por ejemplo, a principios del siglo pasado quien poseía un título universitario probablemente se encontraba en una posición mucho más alta en lo que respecta a su capital cultural que quien lo detenta en la actualidad, porque en aquel momento la mayoría de las personas apenas estaban alfabetizadas.

Las posiciones dominantes son ocupadas por aquellos actores sociales que han logrado acumular un gran volumen del capital específico del campo. Como ocupan las posiciones dominantes y cada campo se rige con sus propias reglas, son ellos quienes tienen mayor poder para definir las reglas de juego válidas y para asegurar que las mismas se respeten. Esto a su vez acrecienta las posibilidades de quienes dominan de seguir acumulando capital específico. Por lo general, quienes ocupan posiciones dominantes tienden a defender el *status quo*, pretenden conservar las relaciones de fuerza del orden establecido. En cambio, quienes ocupan posiciones dominadas, pueden tener interés en subvertir las reglas de juego, para cambiar un juego que los desfavorece.

Figura 1. Representación gráfica de los campos como sistemas de posiciones jerarquizadas. Las flechas representan relaciones de fuerza al interior y entre los campos; las líneas punteadas de los contornos, su autonomía relativa.



Los distintos campos conforman un espacio social multidimensional (ver figura 1). Cada campo tiene *autonomía relativa* respecto a los demás campos. La autonomía está dada porque cada zona de actividad funciona con sus propias reglas de juego y tiene un capital específico. Pero esta autonomía es relativa porque los campos son interdependientes. Algunos campos, como el económico, tienden a impregnar a los otros con su lógica y su forma de capital. Por ejemplo, aunque el campo político sea autónomo respecto al campo económico, el poder económico incide de múltiples maneras en lo que ocurre en la política. Los capitalistas más poderosos, que son los dominantes en el campo económico, pueden con relativa facilidad lograr que los dirigentes políticos representen sus intereses o incluso convertirse ellos mismos en dirigentes políticos, por ejemplo usando sus recursos económicos para solventar campañas publicitarias.

Bourdieu expresa que los campos son campos de juego, campos de lucha y campos de fuerzas, distintas metáforas con las cuales señala el carácter dinámico, competitivo y conflictivo al interior los campos. Los jugadores de un campo tienen interés en el juego, acuerdan que lo que allí ocurre tiene un sentido y por eso están dispuestos a apostar, a invertir su capital en el juego. Los campos están estructurados por relaciones de fuerza relativamente estables entre las posiciones, pero que pueden modificarse puesto que son constituidas históricamente. Las posiciones más elevadas de los distintos campos, a su vez,

se enfrentan entre sí por imponer sus formas de capital como las más valiosas, conformando un campo de poder³.

Si bien la estructura de posiciones relativas de los campos tiende a perdurar, no siempre ocurre lo mismo con los agentes que ocupan dichas posiciones. Por supuesto que quienes ocupen las posiciones dominantes suelen estar en las mejores condiciones de preservar sus privilegios, pero ello no es automático, porque quienes están en posiciones inferiores aspiran a ascender y se esfuerzan para lograrlo. En las posiciones intermedias de un campo, la incertidumbre es mayor, porque las trayectorias posibles pueden ser ascendentes o descendentes: si por un lado están los que ocupan posiciones superiores que les impiden ascender, por otro está la amenaza de quienes ocupan posiciones inferiores que están presionando para ocupar sus lugares. En las posiciones inferiores de un campo, las barreras para ascender a pueden llegar a ser muy difíciles de vulnerar. Esto ocurre, entre otros factores, porque las distintas especies de capital funcionan análogamente al capital económico: cuánto más se posee, más fácil es acrecentarlo y cuanto menos se posee, más difícil es apenas conservarlo.

Los actores sociales están distribuidos y ocupan posiciones en los distintos campos en los que participan. Como los campos tienen autonomía relativa, la posición ocupada por un mismo actor varía entre un campo y otro, pero tiende a guardar algunas correlaciones. Por ejemplo, un actor social con alto capital económico, tendrá bastantes probabilidades de conseguir también un alto capital educativo. En muchas ocasiones, la posesión de un tipo de capital puede facilitar la obtención de otros, puesto que algunas especies de capital son en cierta medida susceptibles de ser reconvertidas.

Podemos representarnos a los jugadores como si cada uno de ellos tuviera una pila de fichas de colores y cada color correspondiese a una especie dada de capital, de manera tal que su *fuerza relativa en el juego*, su *posición* en el espacio de juego como así también los movimientos que haga, más o menos arriesgados o cautos, subversivos o conservadores, dependerán tanto del número total de fichas como de la composición de las pilas de fichas que conserve, esto es, del volumen y estructura de su capital (Bourdieu y Wacquant, 2012: 136).

³ Cabe aclarar que en todos los campos está en juego el poder. Las distintas especies de capital no son otra cosa que formas de poder. El concepto de campo del poder es la manera en que Bourdieu (2015) entiende los conflictos al interior de lo que en otras perspectivas se denomina la elite del poder o la clase dominante. En el campo del poder está en juego el valor y la fuerza relativos de los diferentes poderes.

Las posiciones que se ocupan en los campos, con el correspondiente capital acumulado, imponen las condiciones de vida de los actores sociales. Estas condiciones de vida condicionan la acción, definen las alternativas de cursos de acción posibles, los márgenes de libertad. Por lo tanto, las posiciones producen condicionamientos que habilitan y restringen lo que puede un actor social hacer en el juego social del que participa.

La posición objetiva en las relaciones de fuerza implica también una experiencia subjetiva. Las experiencias de los dominantes difieren de las de los dominados porque al estar ubicados en posiciones distintas, son también distintos los puntos de vista, las visiones del mundo social que han podido adquirir desde el lugar que ocupan y lo que alcanzan a ver de lo que los rodea. Nos preguntamos entonces ¿qué implica esta teoría de los campos en lo que respecta al punto de vista de los actores? El concepto de *habitus* nos permitirá avanzar en esa dirección.

Los habitus y las prácticas

El concepto de *habitus* refiere, en primer lugar, a estas visiones del mundo que los actores sociales poseen a partir de su ubicación en los distintos campos. Los *habitus* se constituyen por la experiencia duradera en una posición o por haber atravesado una trayectoria determinada entre posiciones. Los *habitus* son los esquemas mentales que un agente adquiere, internalizando los condicionamientos objetivos propios de las posiciones ocupadas en el campo. La socialización primaria es un momento determinante en la formación del *habitus* de los individuos, pero también al atravesar nuevas experiencias vitales este *habitus* se irá modificando en función del tránsito por distintas posiciones y relaciones de poder. En este sentido, el *habitus* implica una interiorización de la exterioridad, una subjetivación de la objetividad de las condiciones sociales. Los *habitus* interiorizan la estructura social, la cual se inscribe en los cuerpos y constituye a los sujetos mediante los condicionamientos.

Ahora bien, el *habitus* tiene una segunda faceta, insoluble de la primera. El *habitus* es también un sistema de disposiciones para la acción. Este esquema mental adquirido supone

una forma de ver el mundo, de percibirlo, de evaluarlo y, por lo tanto, también orienta las acciones. El *habitus* origina prácticas y representaciones. Como es producto de la interiorización del juego social de los campos, otorga a los agentes el sentido del juego, de su ubicación en el mismo, de los objetivos accesibles, de las estrategias más razonables en cada circunstancia, etc. Justamente porque es un principio de percepción y evaluación del mundo social, el *habitus* confiere un sentido práctico y genera prácticas. En este segundo sentido, el *habitus* implica la exteriorización de la interioridad, la objetivación de la subjetividad de los agentes. Los *habitus* son estructurantes, porque al originar prácticas estructuran el mundo objetivo.

A partir de lo desarrollado hasta aquí podemos comprender una de las definiciones condensadas que Bourdieu ofrece de los *habitus*:

(...) sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predisuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito consciente de ciertos fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente “reguladas” y “regulares” sin ser para nada el producto de la obediencia a determinadas reglas, y por todo ello, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizada de un director de orquesta. (2010: 86).

El concepto de *habitus* permite vincular lo objetivo con lo subjetivo, la estructura social con la acción, los campos con los agentes. El *habitus* es una estructura estructurada -porque interioriza la estructura social- dispuesta a funcionar como una estructura estructurante - porque se exterioriza en prácticas-. Los campos funcionan porque los agentes que luchan en ellos tienen disposiciones duraderas -intereses, actitudes, gustos, deseos, saberes prácticos, etc.- compatibles con las condiciones objetivas de los campos, disposiciones pre-adaptadas a sus exigencias. Esto significa que existe una correspondencia entre las estructuras sociales y las estructuras subjetivas de los agentes.

La estructura social y los agentes se constituyen mutuamente mediante las *prácticas*. Las prácticas pueden entenderse como las *estrategias* que los actores llevan a cabo para perseguir sus intereses según la posición que ocupan. No se trata siempre de estrategias totalmente racionales y conscientes, sino más bien de las estrategias que el sentido del

juego induce de manera más o menos espontánea. Las prácticas surgen de la puesta en relación de las condiciones sociales en las cuales se ha constituido el *habitus* y las condiciones sociales de su puesta en marcha. Esto quiere decir que las prácticas no están predeterminadas, nunca son automáticas, siempre suponen una invención para adaptarse a condiciones concretas variadas y cambiantes. Pero a la vez nunca son totalmente libres, porque toda la historia social e individual encarnada en el *habitus* del agente condiciona y moldea sus prácticas en las circunstancias concretas en que actúa.

Presentados los conceptos bourdieusianos elementales de campos, *habitus* y prácticas, en la próxima sección avanzaremos sobre los conceptos de poder simbólico y violencia simbólica, que refieren a cómo la dominación se incorpora en los sujetos.

Poder simbólico y violencia simbólica

Las distintas especies de capital, cuando son reconocidas como legítimas, se transforman en *capital simbólico*, es decir, capital de prestigio, honor o reputación social. Para que el capital que posee un agente sea reconocido por otros como legítimo, tienen que ser capaces de percibirlo. ¿Quiénes son capaces de percibir y reconocer el capital de un agente? Precisamente aquellos que estén dotados del *habitus* que les posibilita apreciar que dicho capital es valioso, porque han incorporado las categorías de percepción y apreciación propias de un campo en que se distribuye este capital. Este reconocimiento implica simultáneamente el desconocimiento de la arbitrariedad de su posesión, es decir, la naturalización de la desigualdad, el olvido de las relaciones de fuerza en que se funda la posibilidad de su adquisición. El reconocimiento implica el desconocimiento de los mecanismos que hacen reconocer. El capital simbólico no se circunscribe a un ámbito de actividad específico sino que funciona en todo el juego social.

La dominación no puede ejercerse mediante la pura fuerza física, sino que necesita hacerse reconocer y legitimarse, mediante creencias y significados compartidos que constituyen la dimensión simbólica de la dominación. Las *relaciones de fuerza* de un campo o las relaciones de fuerza entre clases sociales tienen su correlato y justificación en el plano simbólico. Las relaciones de fuerza se refuerzan por las *relaciones de sentido*.

La legitimación del orden social no es el producto, como algunos creen, de una acción deliberadamente orientada de propaganda o de imposición simbólica; resulta del hecho de que los agentes aplican a las estructuras objetivas del mundo social estructuras de percepción y de apreciación que salen de esas estructuras objetivas y tienden por eso mismo a percibir el mundo como evidente (Bourdieu, 1988: 138).

El *poder simbólico* es el poder constitutivo de los sistemas de símbolos en el mundo social, es la eficacia del lenguaje y las representaciones en la estructuración de las relaciones sociales. La eficacia simbólica no se debe a un poder misterioso de la palabra, sino a que el lenguaje es producto de ciertas condiciones sociales. El poder simbólico es objeto de luchas, como el resto de los poderes o formas de capital. La lucha por el poder simbólico es una lucha de clasificaciones, una lucha por la imposición de la visión legítima del mundo.

Los sistemas simbólicos tienen funciones políticas, son instrumentos de la dominación que contribuyen a legitimarla. Los dominados, al reconocer-desconocer, legitiman la dominación, pero no lo hacen de manera plenamente libre y consciente, sino por la naturalización del orden social, porque sus propios esquemas mentales y corporales son producto de la incorporación de las estructuras de la dominación.

La *violencia simbólica* es la adhesión tácita que el dominado concede al dominador al pensarse a sí mismo y a la relación de dominación a partir de categorías construidas desde el punto de vista del dominador. Los únicos instrumentos de conocimiento que el dominado dispone son la forma incorporada de la estructura de la dominación. Los esquemas de percepción y apreciación asimilados en la relación de dominación hacen que las clasificaciones resulten naturalizadas y la misma relación parezca evidente por sí misma.

Este concepto de violencia simbólica permite comprender que los dominados tienden a no rebelarse a la dominación no por temor ni por la coerción física, sino sobre todo por la legitimidad y naturalización de la dominación. Existe una complicidad pre-reflexiva de los dominados, que adhieren a la dominación porque sus esquemas mentales la reconocen en la práctica como legítima y la desconocen como arbitraria. El reconocimiento de la legitimidad se debe al arraigo de la costumbre incorporada, a que las instituciones tienen su correlato en los cuerpos y las mentes. Por ejemplo, las expectativas de alguien sobre lo que espera alcanzar son producto de sus probabilidades objetivas, de su evaluación de las

posibilidades presentes según su posición en las relaciones de fuerza. Este ajuste de las esperanzas a las posibilidades funciona reproduciendo las desigualdades sociales, por ejemplo mediante la resignación o incluso la reivindicación de la propia condición de dominado⁴.

Cuando decimos que la dominación se incorpora aludimos a la internalización de lo social en esquemas mentales, que son también, inseparablemente, disposiciones corporales. En el próximo apartado desarrollaremos algunas cuestiones acerca de cómo se incorporan y expresan en los cuerpos las relaciones de dominación.

La dominación incorporada y las valoraciones de los cuerpos

Los *habitus*, además de ser esquemas mentales, son disposiciones corporales. El cuerpo es un producto social y la relación con el propio cuerpo expresa la relación con el mundo social. Las propiedades corporales están desigualmente distribuidas entre las distintas posiciones en el espacio social. Por ejemplo, las condiciones de trabajo y los hábitos de consumo -como la alimentación- tienen efectos sobre los cuerpos, en su estado de salud y belleza. Además de la contextura física, existen diferencias en lo que Bourdieu denomina *hexis* corporales, es decir, las disímiles maneras de habitar el cuerpo, de usarlo, de estar y comportarse. Estos modos de experimentar y representarse el propio cuerpo difieren según la clase social, el sexo-género y la edad, entre otros principios de diferenciación.

Los cuerpos son socialmente valorados según su posición en un sistema de signos distintivos. Las propiedades corporales son interpretadas como algo que expresa la naturaleza moral de las personas. Según cuánto se aproximen a las formas corporales consideradas legítimas, se percibe que algunos expresan distinción o refinamiento, mientras que otros, vulgaridad o dejadez. Este sistema de signos distintivos se correlaciona con el

⁴ El concepto de violencia simbólica resulta interesante para contraponer a cierta concepción de ideología en el marxismo. El concepto de ideología como falsa conciencia supone que es posible la liberación mediante la “toma de conciencia”. Para Bourdieu, en cambio, resulta ilusorio suponer que el problema reside en iluminar conciencias engañadas o creer que la dominación simbólica puede vencerse sólo con la conciencia y la voluntad. Esto no es posible por la propia opacidad e inercia que resultan de la inscripción de las estructuras sociales en los cuerpos. La toma de conciencia, si fuera posible, tampoco sería del todo efectiva, porque no es sólo una cuestión del plano de la conciencia, sino de saberes prácticos y disposiciones corporales.

sistema de posiciones sociales, de modo tal que las propiedades corporales más frecuentes en los que dominan tienden a ser las consideradas legítimas, mientras que las más frecuentes entre los dominados, consideradas vulgares. Cuanto menor sea la distancia entre el cuerpo real y el cuerpo legítimo, es mayor la probabilidad de experimentar el propio cuerpo con seguridad y soltura, mientras que cuanto mayor sea la distancia al cuerpo legítimo, es más probable la experiencia de la incomodidad, la torpeza o la timidez.

Así los cuerpos tendrían todas las posibilidades de recibir un valor estrictamente proporcional a la posición de sus propietarios en la estructura de las otras propiedades fundamentales, si la autonomía de la lógica de la herencia biológica en relación a la lógica de la herencia social no concediese a veces a los más desfavorecidos en todos los otros aspectos las propiedades corporales más raras, por ejemplo, la belleza (que a veces se llama “fatal” porque amenaza el orden establecido) y si, a la inversa, los accidentes de la biología no privasen en ocasiones a los “grandes” de atributos corporales propios de su posición tales como la talla o la belleza (Bourdieu, 1986: 186).

El hecho de que las posiciones en el espacio social tiendan a replicarse en las disposiciones corporales es una de las formas más poderosas en que se naturaliza la dominación, puesto que los cuerpos son percibidos como lo más natural de las personas. En esto reside una de las claves de la eficacia de la violencia simbólica. La dominación se impone porque se incorpora, porque conforma experiencias prácticas de los cuerpos así como percepciones de las identidades sociales.

Bourdieu considera que la dominación masculina es la forma paradigmática de violencia simbólica. Esta dominación no consiste solamente en la atribución de una posición inferior a las mujeres, sino que implica una diferenciación de las actividades, las cosas y los agentes del mundo social a partir de la oposición entre lo masculino y lo femenino. Esta división resulta inseparable de un sistema de significados opuestos como alto/bajo, delante/detrás, recto/curvo, duro/blando, fuera (público)/dentro (privado), etc. Los agentes son socializados a partir de *habitus* atravesados por dichos significados. Por ejemplo, los varones suelen ser socializados para ser más agresivos, para exhibir fuerza, para actuar en el espacio público, para arriesgarse, en suma, para demostrar masculinidad (Bourdieu, 2000).

La masculinización de los varones y la feminización de las mujeres producen una somatización de la relación de dominación. La dominación se hace cuerpo y se expresa en

el cuerpo, porque se inculcan distintas *hexis* corporales a varones y mujeres, distintos modos de relacionarse con el propio cuerpo. Estas disposiciones corporales son muy difíciles de cambiar y tienen todas las apariencias de algo natural. Los cuerpos masculinos y femeninos son construcciones sociales biologizadas. De este modo, la dominación se fundamenta en la evidencia de las diferencias, desconociendo que dichas diferencias existen precisamente en tanto han sido impuestas como producto de la dominación.

Lo social se encarna en los cuerpos y desde las disposiciones corporales a su vez se conforman las prácticas que producen la estructuración de lo social. Los cuerpos tienden a ajustarse a las posiciones que les son propias en el mundo ya estructurado socialmente en relaciones de dominación.

Cuando percibimos los cuerpos de los otros, inevitablemente los clasificamos y los valoramos, porque sabemos que dicen mucho sobre quiénes son socialmente. Atributos que podrían parecer totalmente naturales como la belleza o la fuerza, tienen mucho más de construcción social de lo que solemos imaginar. En el próximo apartado, intentaremos respondernos sobre los veredictos que las instituciones educativas realizan sobre otro atributo que asumimos como natural: la inteligencia.

La violencia simbólica estatal en las clasificaciones escolares

Para comprender lo que sostiene Bourdieu acerca de la violencia simbólica en la escuela, nos referiremos brevemente a su concepción del Estado. Bourdieu complementa la célebre definición weberiana del Estado como monopolio de la *violencia física legítima*⁵, añadiendo que el Estado es también el conjunto de campos en que se disputa el monopolio de la *violencia simbólica legítima*. El Estado certifica identidades y actúa como árbitro en

⁵ Según la clásica definición de Max Weber, el Estado es una institución de dominación política que tiene el monopolio de la violencia física legítima para mantener el orden vigente en un determinado territorio. Aunque el Estado tenga múltiples funciones y aunque la fuerza física no se utilice siempre, su amenaza y eventual empleo es una condición necesaria para que un Estado garantice su dominio efectivo. Pueden existir otras acciones de violencia física en el territorio, pero el Estado es la única institución que puede ejercerla legítimamente, avalado por un orden jurídico racional en el que fundamenta su dominación. El hecho de que siempre pueda aplicarse coacción física -aunque sea como recurso de última instancia- para garantizar sus fines, hace del Estado el monopolio de la violencia física legítima.

las luchas por las categorizaciones, mediante la imposición de leyes y clasificaciones burocráticas. La potestad de sancionar leyes es el poder simbólico por antonomasia, puesto que la ley al nombrar y clasificar las cosas y los grupos sociales, les confiere entidad como realidades definidas y permanentes. El Estado instituye formas simbólicas de pensamientos comunes, inculca sentidos comunes, produce *habitus*. Este poder performativo, de producir lo que nombra mediante el propio acto de nombrarlo, es un poder simbólico, poder de hacer ver y hacer creer, que impone un marco a las prácticas. La violencia simbólica se ejerce en distintos ámbitos, pero es en el Estado donde los agentes luchan por lograr que sus visiones del mundo se transformen en definiciones oficiales, es decir, luchan por el monopolio de la violencia simbólica legítima.

El Estado es, en último análisis, la gran fuente de poder simbólico que realiza actos de consagración, tales como el otorgamiento de un grado, un documento de identidad o un certificado (actos a través de los cuales quienes están autorizados para detentar una autoridad declaran que una persona es lo que es, establecen públicamente lo que es y lo que tiene que hacer). Es el Estado, como el banco de reserva de la consagración, el garante de estos actos oficiales y de los agentes que los efectúan (...). (Bourdieu y Wacquant, 2012: 151).

El poder simbólico del Estado le permite imponerse regularmente sin necesidad de recurrir a la fuerza física. Este explica por qué la legitimidad del Estado y del orden instituido no es cuestionada, salvo en situaciones de crisis. Una institución crucial en que se lleva a cabo esta producción e imposición de las categorías de pensamiento es la escuela, que contribuye a la naturalización del orden social y la reproducción de las desigualdades.

Las instituciones educativas son fundamentales para entender cómo el ejercicio de violencia simbólica desplegado por el Estado se vincula con la reproducción de la dominación. Bourdieu sostiene que la creencia de que la escuela tiene un papel igualador y democratizador es una visión parcial, porque también tiene una función reproductora y legitimadora de las desigualdades. Para demostrarlo, intenta responder ¿por qué aquellos que provienen de posiciones más elevadas en la estructura social, tienden a alcanzar mayores niveles educativos y mejores desempeños? Como sabemos, las desigualdades materiales influyen en las posibilidades de éxito escolar. Aquellos que no disponen de suficiente dinero para costear sus estudios o que deben dedicar buena parte de su tiempo a

un trabajo remunerado, estarán en desventaja por razones económicas. No obstante, existe otra especie de desigualdades que Bourdieu se ha ocupado de estudiar cómo explican este tipo de fenómenos: las desigualdades culturales y simbólicas.

El capital cultural y el ambiente educativo de la familia son factores que influyen poderosamente en el desempeño de un estudiante. Muchas de las exigencias de las instituciones educativas presuponen que los estudiantes cuentan con determinados saberes y aptitudes. El dominio competente del lenguaje, las normas y los valores de las instituciones, así como el saber-hacer que supone el estudio, resultan más familiares para aquellos que han sido socializados en familias con mayor capital cultural. Esta discreta herencia cultural implica una mayor facilidad -por ejemplo para adaptarse a exigencias difusas e implícitas-, que suele ser percibida como inteligencia o talento natural.

La clasificación escolar -una forma de poder simbólico- opera seleccionando a aquellos que logran ciertos objetivos de aprendizaje que son iguales para todos, independientemente de su origen social. Sin embargo, existe una afinidad entre la cultura de las clases sociales más elevadas y las exigencias del sistema educativo. Las disposiciones que son valoradas positivamente por el sistema educativo tienden a ser las mismas que conforman el *habitus* de la clase dominante (Bourdieu y Passeron, 2004). Los privilegios culturales son así transformados por el poder simbólico de la autoridad pedagógica en inteligencia o mérito individual, consagrando las desigualdades previas como legítimas.

Los más desfavorecidos en capital cultural heredado también tienden a compartir la creencia en que los distintos resultados escolares se deben a diferencias de méritos y talentos individuales. En ocasiones, los veredictos del docente, legitimado como autoridad pedagógica, pueden inducirlos a pensar que un fracaso escolar indica falta de inteligencia. Estas conclusiones prematuras de docentes y estudiantes no son inocuas, tienen eficacia simbólica y consecuencias reales a modo de profecía autocumplida. Por ejemplo, si se piensa que a alguien “no le da la cabeza para estudiar” aumentan las probabilidades de abandono o resignación puesto que no vale la pena esforzarse para conseguir algo que se carece por naturaleza -tal como afirma el proverbio “Lo que la naturaleza no da, Salamanca no lo presta”-.

Las clases dominantes legitiman su dominación mediante el sistema educativo, que tiende a trasmutar las desigualdades sociales de clase en diferencias individuales de inteligencia o mérito. Las clases dominadas difícilmente están en condiciones de cuestionar estas clasificaciones, porque los instrumentos de conocimiento con los que cuentan para pensarse a sí mismos, han sido forjados en la propia relación de dominación e inculcados mediante la institución escolar.

A modo de apertura final

Retomando los interrogantes del comienzo de este artículo, podemos comprender ahora que las clasificaciones cotidianas de distinto tipo, sean veredictos de las instituciones o juicios ordinarios sobre los cuerpos, se construyen a partir de esquemas clasificatorios que hemos incorporado. Estos esquemas surgen bajo ciertas condiciones materiales y relaciones de fuerza, de las que tienden a ser su correlato simbólico. Las clasificaciones que podían parecer más triviales ocultaban todo el orden social detrás suyo. Por eso resultan aceptables para los que salen desfavorecidos, porque se corresponden con el orden social del que se derivan, porque los sistemas simbólicos y las estructuras cognitivas son constituidas en las estructuras de dominación que organizan el espacio social.

Esto nos conduce a la paradoja planteada por Bourdieu, que consiste en que los dominados aceptan muy frecuentemente el orden establecido. Como para pensarse a sí mismos o a la relación de dominación sólo disponen de los sistemas de símbolos incorporados en la propia relación de dominación, contribuyen involuntariamente a reproducirla. El orden establecido resulta aceptable para los dominados porque sus esquemas de percepción y apreciación dan el mundo por sentado y al hacerlo lo legitiman tal como es. El concepto de violencia simbólica permite entender esta adhesión tácita o complicidad que los dominados suelen conceder a la dominación, que se vuelve así mucho más difícil de vencer que si solo descansara en la pura fuerza física.

Cuando nos aproximamos a algunas respuestas, surgen otras preguntas. ¿Tienen los dominados alguna autonomía para producir sus propios sistemas de símbolos por fuera de la relación de dominación? ¿De qué modos son posibles las resistencias al poder y la

dominación? ¿Cómo se produce el cambio en las relaciones de fuerza? Estas preguntas nos remiten nuevamente a las tensiones constitutivas de lo social entre lo objetivo y lo subjetivo, la estructura y la acción, lo material y lo simbólico. Bourdieu ofrece algunas posibles articulaciones entre estos polos, intentando superar las antinomias, pero seguramente podrán plantearse otros modos de relación no tan estrechos entre lo material y lo simbólico o una libertad de acción no tan condicionada por la estructura. Probablemente ninguna perspectiva teórica pueda saldar estos debates de manera totalmente satisfactoria, porque la complejidad escurridiza del mundo social siempre excede nuestros esfuerzos por aprehenderlo.

Referencias bibliográficas

Bourdieu, P. (1986) “Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo”. En *Materiales de sociología crítica*. Madrid: Ediciones La Piqueta.

Bourdieu, P. (1988) *Cosas dichas*. Buenos Aires: Gedisa.

Bourdieu, P. (2000) *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, P. (2010) *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Bourdieu, P. (2012) *La Distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Buenos Aires: Taurus.

Bourdieu, P. (2015) *La Nobleza de Estado. Educación de elite y espíritu de cuerpo*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2012) *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Bourdieu, P y Passeron, J. C. (2004) *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.